LA LUCHA POR NUESTRA CONCEPCIÓN DEL MUNDO



Alfred Rosenberg

Biblioteca WeltanschauungNS
Libros Para Ser Libres

NOTA DE LA EDITORA CENTRAL DEL NSDAP

A fines de enero de 1934 el Führer encargó a Alfred Rosenberg la supervisión del adoctrinamiento y de la educación de todo el Movimiento Nacionalsocialista. El 22 de febrero A. Rosenberg inauguró su actividad con un gran discurso fundamental sobre La Lucha por la Concepción del Mundo. Al acto concurrió la casi totalidad de la Reichsleitung (Conducción del Reich) del NSDAP, la mayoría de los Reichsstatthalter (Gobernadores del Reich) y Gauleiter (Dirigentes de Comarcas), representantes de los Gobiernos del Reich y de los Länder (Estados provinciales), el cuerpo diplomático, la totalidad de la prensa del interior y del exterior, representantes de las universidades e Iglesias y de toda la Alemania espiritual. El discurso fue transmitido por radiodifusión y luego reproducido en Sud y Norteamérica, Africa y Asia.

Altos invitados! ¡Mujeres y hombres alemanes!

Cuando en noviembre de 1918 los Ejércitos regresaron a la Patria después de la más grande de todas las guerras, seguramente ellos y con ellos todos los otros millones que sufrieron la prueba, tenían el natural deseo de volver a dedicarse a su profesión, a su vida personal. Pero muy pronto se hizo evidente que todo el mundo exterior e interior se había transformado, que la Guerra Mundial formaba una cesura entre dos épocas vitales que ya no estaban unidas entre sí por ninguna clase de relaciones más profundas.

Incomprensibles aparecían las formas de existencia anteriores a 1914, extraño el optimismo superficial del tiempo de pre-guerra, sin sentido el pensar puramente comercial. Y aunque este alejamiento de un pasado agonizante, por de pronto no se hizo perceptible entre las potencias victoriosas en la embriaguez del poder material conquistado, sin embargo, la fuerza de la resistencia interior contra un viejo mundo se desarrolló especialmente en todas partes allí donde el término de la guerra había provocado un profundo inconformismo o hasta un ambiente de desesperación. Creó un rumor en constante crescendo que pasa a través de millones y millones de almas humanas como expresión de un profundo saber de que vivimos en uno de los más grandes cambios de tiempos y mundos, en una época que significa una transformación que va hasta las raíces, no sólo en algunos campos de la existencia sino en todo nuestro sentir vital.

Dondequiera que miremos, en todas partes los viejos dogmas han sucumbido, las viejas conducciones desaparecido. En la vida social vemos que muchas barreras que hace pocos decenios aún eran conceptuadas como insalvables, han caído. Juicios y prejuicios entre distintos estamentos y profesiones en la actualidad casi ya no existen en millones de cerebros y corazones. En el campo político los viejos partidos, que en apariencia estaban tan firmemente fundamentados, han sido barridos de la escena. Todos ellos eran los testigos exteriores de que vigorosas concepciones del mundo antaño estaban detrás de ellos, que alrededor de ellos estaban agrupadas gigantescas estructuras del siglo XIX: potencias de la industria y del comercio, grandes concentraciones del dinero.

La dimisión de estas potencias, empero, finalmente por cierto sólo significa que interiormente se habían vuelto sin fe, que ya no poseían una fuerza de resistencia interior para poder enfrentarse eficazmente a un nuevo tiempo y sus problemas. Ahora los millones de anteriores adeptos de todos estos dogmas y agrupamientos fenecidos buscan un nuevo contenido de la vida. Y éste ha sido el secreto también del éxito nacionalsocialista en estos 14 años, que desde el comienzo no hemos atacado a un grupo único, a un partido único, sino que hemos conducido la lucha en un ataque frontal contra todos.

Por eso este ataque estaba fundamentado no sólo política y socialmente sino ante todo ideológicamente. Una victoria tan sólo política nunca

hubiera traído a nuestro Movimiento la ansiada verdadera realización. Si hoy nos quisiéramos conformar solamente con el poder puramente estatal, entonces el Movimiento Nacionalsocialista no hubiera cumplido su misión. No hubiéramos podido exigir en estos 14 años de lucha estos grandes sacrificios de todos nosotros, no hubiéramos debido sufrir que seres humanos entregasen por este Movimiento y su Führer sangre y vida, si sólo se hubiera tratado de provocar un desplazamiento del poder político. Aun cuando hubiésemos podido decir que este sistema político hoy derrocado era carcomido y corrupto y que con razón llevábamos la lucha por una renovación política, sin embargo, hubiéramos debido decir también simultáneamente que esta nueva evolución política apenas podría durar más que nuestra propia existencia humana ya que no podíamos llenarla e impregnarla con la sangre de una gran idea, con una potente fe, con un contenido creador de toda nuestra vida. Sólo con ello estaba dada la premisa de que la probada mentalidad estatal y popular podía propagarse de generación en generación y las funestas potencias que habían sido derrocadas fueran vencidas para siempre sin ninguna perspectiva de que jamás volverán a dominar a la Nación alemana.

Estábamos todos en medio de una pugna de los más diversos sistemas espirituales. Por el alma de cada alemán luchaban concepciones del mundo con frecuencia totalmente opuestas, de excluyente orientación de los impulsos. Llamamos liberal a la concepción del mundo de los siglos XVIII y XIX, y marxista es la que vemos levantarse a fines del siglo XIX. Observamos finalmente a través de todos estos tiempos, que formas del Medioevo siguen aún manteniendo su lugar.

La concepción del mundo liberal, contra la cual hemos llevado la lucha, era la consecuencia de una cada vez mayor adaptación a la ciudad del ser humano alemán, y no sólo del alemán, sino de todos los europeos en general. Cada vez más desligado de la Sangre y del Suelo el hombre de la ciudad mundial debía perder poco a poco el juicio sobre los fines útiles de su accionar.

El productor, campesino o artesano, podía siempre examinar en el resultado final visible de su, trabajo, si sus medios y formas de proceder eran apropiados al fin, si eran justos, es decir, si llevaban fruto orgánico o no. El ser humano de la máquina, en cambio, el esclavizado de las gigantescas empresas industriales al término del siglo XIX no podía valorar con justeza el fin y los medios de su oficio. Y por eso aquí no era de extrañar que la original tesis liberal del perfeccionamiento de la personalidad individual, condujo finalmente a un exangüe e inconsistente intelectualismo de las grandes ciudades. Junto a estos intelectuales extraños al mundo y al pueblo, fueron creciendo luego las cada vez mayores masas de trabajadores de las ciudades mundiales, que se habían alejado tanto como ellos de la vida y no encontraron en aquel tiempo a ningún guardián y protector que se hubiese ocupado de ellos en verdad interna y externamente.

Así vemos como resultado de esta evolución que duró decenios, que el intelectual desraizado y el "proletario" no ya vinculado a la sangre se

encontraron y devinieron ambos víctimas de una ideología utópica y enemiga del pueblo, que llamamos el movimiento marxista.
Así como un fumador de opio en sus embriagueces puede soñar con los más hermosos castillos y los más audaces pensamientos de poder mundial, así fue posible narcotizar con este opio marxista también a las anchas masas de todos los pueblos, de todas las ciudades mundiales, y volverlos infieles a sus propios intereses naturales. Hemos combatido en estos 14 años esta teoría marxista en todas las aldeas y ciudades de Alemania; hoy la hemos echado por tierra política y estatalmente, pero no es superfluo volver a recordar siempre de nuevo estas teorías y precisamente
ahora, en la cima del poder político, no contentarse con lo que hemos rendido durante 14 años porque sabemos exactamente que muchas premisas para la consolidación de la concepción marxista existen aún hoy, y que por eso sigue apareciendo como necesario luchar contra sus principios ideológicos. Me permitiré, por consiguiente, caracterizar brevemente cuatro puntos cardinales.
Cuando el marxismo hablaba de una solidaridad de todos los proletarios del mundo, con ello no había proclamado una consigna favorable a los trabajadores, sino que por el contrario había puesto el hacha en la raíz vital del trabajador alemán; porque mientras los pueblos viven, el trabajador, el campesino o el artesano están ligados con su destino indisolublemente a la Sangre y al Suelo. Desde que existe el mundo sólo gente rica tuvo la posibilidad de recorrer viajando muchos países y de llegar a conocer pueblos extraños. En el curso de la historia mundial nunca fueron internacionalistas los trabajadores, campesinos y artesanos, siempre solamente los prestidigitadores, charlatanes y defraudadores del pueblo. Por eso no es casualidad que al crecer las urbes mundiales estos tipos de la sociedad pasaran a primer plano.
La segunda teoría del marxismo fue la prédica de la lucha de clases. A través de ella se ha asestado un segundo golpe contra el trabajador, porque es falsedad llamar a una parte de un organismo contra la otra a la revuelta y prometer luego a todo el cuerpo el saneamiento. Esto fue interna, orgánica e ideológicamente, el mayor fraude que se cometió contra el trabajador alemán; aún cuando comprendemos que millones siguieron esta consigna porque sintieron dirigidos contra ellos otra lucha de clases, una lucha de clases del capitalismo, desde arriba. Por eso la historia ha de juzgar la lucha de clases capitalista desde arriba de la misma manera que la lucha de clases marxista desde abajo. Ambas son culpables de la miseria de la Nación alemana.
En tercer lugar la prédica del pacifismo fue la consecuencia necesaria de estas dos confusiones de conceptos. No significa otra cosa que este organismo integral, puesto en un estado de graves convulsiones, debía ser ahora también librado al mundo circundante enemigo. El pacifismo en esta forma -que no ha de ser confundido con el auténtico amor a la paz- era un llamamiento a la alta traición y a la traición a la Patria, era un medio para reunir a todos los adversarios de Alemania y volver al pueblo alemán incapaz de toda resistencia. Hemos vivido en estos años

cómo esta consigna ejerció su efecto en el campo político exterior, que nos arrojó a una esclavitud tributario y a aquel desprecio político exterior en el que estuvimos sumidos durante 14 años.
Un envenenamiento anímico especialmente profundo fue finalmente la negación del concepto de propiedad. Comprendemos muy bien que la forma en que el concepto de propiedad fue entendido y aprovechado en el siglo XIX, representaba una contradicción al sentir alemán. Pero el marxismo sólo había echado mano de una frase pronunciada al azar por Proudhon y declarado: la propiedad es un robo. Negaba con ello el impulso interior y la fuerza creadora no sólo económicamente, sino también ideológicamente en todos los terrenos; porque negaba por principio a todo artista y a todo inventor el derecho de propiedad sobre el fruto de su talento y de su fuerza creadora y birlaba al campesino los productos de su laboriosidad. El marxismo predicaba con ello la inferioridad para todos, el rebajamiento de toda gran personalidad al nivel de lo más improductivo y de lo más inferior. Nosotros declaramos al respecto que el concepto de propiedad recibe su juicio valorativo del hecho de si esta propiedad ha sido adquirida honesta o deshonestamente. El concepto de propiedad es, por tanto, para nosotros no una controversia de pálidas teorías, sino una cuestión de carácter. Y, por cierto, la teoría marxista enemiga de la vida se exteriorizó luego en la práctica marxista en forma tal que no acaso la propiedad fue declarada robo, sino que los mayores robos fueron declarados propiedad legal.
Los hombres de la época de pre-guerra, con sólo pocas excepciones, no se han ocupado seriamente de las necesarias consecuencias prácticas de una determinada idea triunfante, y escarnecieron, librando a la amarga soledad o impeliendo a la demencia a los anunciadores con visión de futuro del derrumbe, tales como Nietzsche, Wagner, Lagarde y Dühring. Se dedicaron al comercio mundial y a la técnica, y aunque perfeccionaron los armamentos vivían en forma superficial y optimista, sin sentir la gravedad de un destino que se estaba desarrollando. Hasta que finalmente en los días de julio de 1914 las oscuras nubes emergieron en el horizonte y la tempestad comenzó.
Entonces se percató repentinamente todo el mundo de que LA ESENCIA DE ESTA VIDA NO CONSISTE EN HACER NEGOCIOS, SINO EN CUMPLIR UN GRAN DESTINO, al que ningún pueblo puede sustraerse. Estos años conmocionaron a Alemania, a todos los pueblos, hasta lo más hondo. En 1914 el pueblo alemán arrojó sobre sí todas las costras extrañas, y en estos días de agosto de 1914 comienza la Revolución Alemana. Pero cuatro años de penuria, de extirpación de las mejores fuerzas, del gasto de energía anímica y finalmente el derrumbe político, social y cultural de 1918 llevaron a Alemania próxima al abismo. Ahora se levantó como última consecuencia de la idea marxista, pero también como primer indicio de una terrible catástrofe mundial, la Revolución comunista. Este movimiento bolchevique comunista no es una teoría económica, tampoco es sólo una potencia política, sino que es el alarmante síntoma de una decadencia cultural, de un desaliento de almas humanas que tienen que defender una civilización de muchos

milenios. Y aquí, donde este movimiento comunista tocaba lo más sagrado que los pueblos europeos tienen como patrimonio, debió mostrarse dónde, pues, existían aún las fuerzas de defensa para superar estos peligros ideológicos y políticos.
Si aquí al comienzo de mis exposiciones trato tan detenidamente el marxismo, es porque parto del profundo convencimiento de que a ningún pueblo le será ahorrada una clara decisión. Sí bien cada nación tiene su carácter, su tradición más propia, y su destino le ha dado su particular impronta específica, empero, el problema en sí: "Nacionalidad (Volkstum) y Marxismo" debe ser solucionado por todos. El relampagueo de huelgas aparentemente económicas, de erupciones políticas apasionadas en casi todos los centros de Europa, muestra que para todos los europeos -y no sólo para ellos- ha llegado el tiempo álgido de mirar realmente a los ojos al siglo 20 y, en una visión superior, incorporar los hasta ahora movimientos enemigos del nacionalismo y del socialismo -después de la depuración de ambos- a los eternos valores de la vida de todo pueblo, de acuerdo a la forma sólo adecuada a él.
Un pueblo, empero, que no quiere ver este problema y por esto tampoco lo puede resolver, tendrá que pagar con alzamientos convulsionados de sangre y de muerte este desprecio de los problemas de nuestro siglo. En este lugar el Movimiento Nacionalsocialista debe hacer la comprobación decisiva de que aquellos órganos en Alemania que ante el relampagueo visible de la
revolución mundial comunista, en primer término hubieran sido los encargados de defender la cultura de todo el Occidente juntamente con la esencia de su ser nacional, no fueron capaces de ofrecer realmente resistencia. Las instituciones ideológico-culturales, haciendo abstracción de seguramente muchas excepciones valientes, se han conformado con algunas protestas ineficaces, considerándose generalmente como demasiado elevadas con respecto al pueblo como para que hubiesen bajado para llamar a toda la Nación a la resistencia.
Más allá de esto a través de los grupos de poder políticos correspondientes a ellas -Centro (1) y partidos liberales - también rindieron al marxismo, para más, servicios de auxiliares como reconocidos socios de coalición. No decimos esto para ejercer a posteriori una acerba crítica del pasado o para abrir viejas heridas, sino solamente para constatar el derecho de primogenitura del Nacionalsocialismo. Tenemos el convencimiento que, si en medio de los peligros del derrumbe de 1918 hasta aproximadamente 1921, se reunieron los combatientes de los Freikorps (2) para abatir las rebeliones comunistas, ellos hicieron más para la conservación de la religión y la cultura que aquellos que más tarde, nuevamente desde la altura de una existencia asegurada, pusieron a estos combatientes de los Freikorps bajo la más amarga persecución, o que aquellos que hoy hablan sobre Nacionalsocialismo sin mencionar los discursos del Führer o la literatura nacionalsocialista.
Tenemos el convencimiento de que el NSDAP configuró ideológicamente esta lucha de defensa y la transformó de una manera decisiva para el

destino de Alemania, en un enérgico contraataque en toda la línea. TODA VISIÓN DEL MUNDO ES EXACTAMENTE TAN FUERTE COMO LA VOLUNTAD DE SUS PORTADORES DE DEFENDERLA. Esta es la única vara de medir para el juicio sobre las luchas histórico-mundiales. El Movimiento Nacionalsocialista ha sido templado ya en los primeros días de su génesis, ha crecido como planta autónoma espiritual y política en medio del caos de aquellos años y por eso también se ha conquistado luchando honestamente su propia forma de plasmación en todos los ámbitos de la vida.

Sería demasiado pedir esperar que ya hoy la concepción del mundo nacionalsocialista en su totalidad, a tan breve plazo de la victoria política, se hubiera convertido en bien común de todos los alemanes, porque si bien la revolución político-estatal ha terminado, la refundición espiritual-anímica, sin embargo, recién está en sus comienzos. Decisivo para estos primeros años no es tanto lo particular del contenido, sino la actitud del carácter frente al destino y los poderes de la política y la cultura. Esta postura significativa para el Nacionalsocialismo en todos los campos, la llamamos heroica y entendemos por tal de ninguna manera un comportamiento militarista, sino la veracidad interior y el coraje de responder a los interrogantes también en el caso de que esto contradijera viejas costumbres y formas de razonamiento aparentemente aseguradas. Esta postura heroica parte, por de pronto, de una confesión única, pero decisiva para todo. A saber: de la profesión de fe de que la sangre y el carácter, la raza y el alma son sólo distintas designaciones para la misma esencia.

En la evolución del triunfante Movimiento Nacionalsocialista se mostró un profundo misterio de la sangre, que aparentemente había muerto en la Guerra Mundial y, no obstante, renació en este nuevo Movimiento. Bajo su signo volvió a producirse la
estructura celular del alma alemana, del pueblo alemán. Y alrededor de esta novel sangre nacida, en vías de saneamiento, giran todos los pensamientos de aquellos que querían luchar por esta nueva Alemania y por un gran tiempo venidero. Esta vivencia fue acompañada paralelamente por la génesis de una nueva ciencia, de un nuevo descubrimiento científico, que llamamos raciología (Rassenkunde). Esta raciología, observada desde muy arriba, no es en su profundidad nada más que un intento de gran envergadura de la toma de conciencia alemana del propio Yo.

Nuevamente se esforzó el alemán en retroceder a las profundidades primigenias del propio Yo, de la comunidad alemana, de la familia europea de pueblos. Se investigaron las leyes corporales y los imperativos anímicos de estas comunidades y se encontró entonces que espíritu y cuerpo no podían ser separados el uno del otro, que las leyes de la herencia corporal tienen su reflejo directo en la postura anímica y en la firmeza interior de un determinado grupo humano. Este nuevo conocimiento natural, por lo tanto, no es un chato materialismo, como fue combatido en todos estos años, sino que significa un gran despertar humano, como antaño, cuando la ciencia natural europea después de un "tiempo muerto" de 1.500 años a partir de la extinción del mundo

griego antiguo, empezó a darse cuenta acerca de la ley de los astros que giran en órbita al igual que sobre la conformidad a leyes de la circulación de la sangre en el cuerpo humano. También entonces la investigación de la naturaleza fue combatida en la forma más acerba por las potencias de la época, pero se impuso contra todos los poderes y llevó aquel rasgo heroico de veracidad e intrepidez interior que también caracteriza a los anunciadores de la ciencia de la raza y del alma de nuestra época. Más de un erudito liberal de nuestras universidades, que libremente podía proclamar sus convicciones y que simultáneamente expresaba un rechazo de la nueva ciencia racial, había olvidado que él en su zona sin peligro era un heredero de las heroicas luchas de hace 500 años, que entonces habían exigido tanta sangre y sacrificios.

Si en estos pasados años se declaraba que la raciología es anticristiana, podemos hoy constatar con satisfacción que la bandera con la svástica flamea tanto en iglesias católicas como protestantes que, por lo tanto, se ha realizado el reconocimiento exterior y que las Iglesias están dispuestas a otorgar su derecho a la nueva ciencia. Pero si después de esta concesión se declara nuevamente que la investigación racial no debe dirigirse contra el Cristianismo, entonces debemos decir que esto en sí tampoco lo ha hecho, pero por lo demás una investigación de la naturaleza no puede hacer depender su proceder de si los resultados contradicen una u otra concepción, sino sólo de si sus premisas prueban ser falsas o exactas. Al respecto, no hay una ciencia sin premisas, sino que siempre ha habido sólo ciencia con premisas, y sólo se trata de esto, de si tales premisas nacidas del espíritu de hombres geniales prueban ser verdaderas o no en el curso de las investigaciones.

Si en este pasado año ha sido formulado contra el Movimiento Nacionalsocialista y nuestro Estado el reproche de que amordazamos la libertad de la ciencia, debemos declarar que este reproche injusto nos ha dolido especialmente. Porque en verdad nosotros defendemos como herencia exquisita del espíritu europeo la libertad de la investigación, empero, hemos enfatizado que esta libertad de investigación no debe ser confundida con la libertad de insultar la grandeza del pasado alemán y a los grandes alemanes desde una cátedra de una universidad alemana, como lamentablemente ha sido el caso en alarmante medida en los pasados 14 años.

Tenemos la convicción de que este punto de vista será comprendido poco a poco en todo el mundo docto y debemos agregar, además, que una verdadera libertad precisamente en el así llamado sistema democrático nunca existió. A las cátedras de economía popular, historia, etc., fueron llamados casi solamente hombres que enseñaban una economía liberal de producción y consumo a favor de un capital financiero internacional, e imponían a Alemania una interpretación de la historia que en parte era puramente dinástica, por otra parte puramente confesional y por fin, en tercer lugar, determinada por teorías abstractas de la Revolución francesa del siglo 18. El victorioso Movimiento Nacionalsocialista toma para sí también el derecho de ocupar poco a poco los correspondientes lugares en las universidades

alemanas con los representantes de nuestro espíritu. Porque la Revolución Nacionalsocialista, terminada a nivel de poder político, está, esto sea dicho una vez más, recién al comienzo en lo histórico-espiritual. Y como primera consecuencia de esta concepción de que el alma y la raza, pero asimismo la falta de carácter y el caos racial se condicionan mutuamente, que un alma nace con una raza y con ella se extingue, también debe anunciar una nueva concepción de la historia.
Porque también la historia no es, como una época vuelta exangüe se afanó por enseñarnos, una crónica enumeradora, sino que en su verdadero contenido siempre ha sido valoración. Y según cómo sentía una época así, plasmó, en consecuencia, el pasado. Unos círculos valoraban a los seres humanos según los rendimientos que habían realizado por una confesión, otros según qué incremento de poder habían aportado a un principio dinástico o republicano. La nueva concepción de la historia, empero, mide la grandeza de los hombres y mujeres del pasado en todos los terrenos según con qué fuerza y perfección mantuvieron la sangre y el suelo de la Nación alemana, en qué medida protegieron los altos valores del sentimiento de honor germánico, y de qué manera una fuerza creadora fortaleció y transfiguró a la Alemania espiritual. Desde este punto de vista que todo lo abarca, seguramente muchos seres humanos del pasado que parecieron grandes ocuparán otro lugar en nuestra conciencia, y una nueva galería de antepasados espirituales se destacará a la clara luz de la interpretación de la historia de nuestra época.
Nosotros creemos en este sentido que de la ciencia de la raza y del alma no hay una verdadera historia universal, es decir, ninguna historia de acuerdo a la cual todos los pueblos y todas las razas son conducidos por así decir hacia una única planificada disolución. Según ello un plan debía consistir en la cristianización de todas las razas, más tarde todo debía servir a la meta de la humanización de la así llamada humanidad. Nosotros creemos, en cambio, que la historia de los pueblos representa un círculo vital de por sí, y que, p. ej., la historia de los griegos no ha sido un preparativo "planificado" para los futuros tan "espléndidos tiempos". Vemos también hoy que la historia de los griegos no forma una unidad anteriormente afirmada, sino una lucha grandiosa de los troncos que inmigraban desde la Europa central contra los pueblos del Asia Menor y Africa.
Una lucha dramática, que se desarrollaba entre los seres humanos al igual que entre los dioses de la luz y del cielo contra los dioses de la noche. y de la tierra. Vivimos por eso en nuestros corazones hoy un renacimiento de la Antigüedad en un sentido muy distinto y mucho más profundo que anteriormente, porque poseemos la libertad de no designar como griego todo lo que antaño tuvo lugar en esa porción, de tierra
que es llamada Hélade, sino que eliminamos lo que se ha introducido subrepticiamente en cuanto a componentes extraños en la genuina vida griega. Apolo y Palas Atenea, la "hija de ojos azules de Zeus" de Homero, esto es griego. El posterior extatismo y demonismo, eso es anti-griego.

El templo dórico es griego, el tipo del sátiro no es heleno. El uno lo sentimos como emparentado a nosotros, el otro como extraño.
Y así también la historia alemana está ante nosotros en una luz distinta que hasta el presente. El portador de la idea del Reich Alemán para nosotros no es Carlomagno, sino su adversario más enconado, el Duque sajón Widukind. El Sacro Imperio Romano de la Nación Alemana no es el escalón previo al Tercer Reich Nacionalsocialista, sino que los precursores de éste los vemos en todos los grandes rebeldes contra el primer Reich, ya sea que, como el inconcebiblemente grande Federico II el Hohenstaufen, actuasen en medio de una idea de la monarquía universal o se levantasen contra ella y se llamasen Enrique el León, Federico Guillermo de Brandenburg, Lutero, Hutten, Federico el Grande o Bismarck. Hoy, en el giro de un milenio, podemos declarar que si el Duque Widukind fue vencido en el siglo 8, en el siglo 20 venció para siempre en Adolf Hitler!. En este sentido -así lo creemos, nosotros- será escrito en el futuro la historia alemana, con la más severa exposición de hechos en forma de crónica, pero con una nueva valoración humana de las personalidades que encontraron su concreción en la crónica.
En el campo del arte en su totalidad se realiza la misma transformación de la posición espiritual e ideológica. No pensamos en anunciar cualquier dogma del arte, pero sí resulta de la crítica de lo adversario, la orientación para la creatividad del futuro. Nosotros mismos hemos sido testigos de cómo del suelo asfáltico de la urbe mundial cada año brotaban velozmente nuevas tendencias artísticas como plantas de invernáculo, no generadas por vigorosas fuerzas creadoras de grandes artistas, sino por intenciones propagandísticas de mercaderes del arte específicamente extraños. Por encima de todas las escuelas, sin embargo, por fin hasta el ser humano de la gran ciudad buscó, con todo, por su expresión propia, y así conocimos esta mezcla de doloroso genuino pugnar y de distorsión conscientemente representada de nuestra humanidad en el último movimiento expresionista.
Al recapitular esta época podemos decir que aquí tragedia y negocio muestran un tejido frecuentemente difícil de deshacer, pero de todos modos resulta evidente que miles querían expresar algo y no tenían ya nada que pudiesen expresar. De las galerías de cuadros de los últimos dos decenios nos mira fijamente un horroroso desamparo, atrofias corporales y representaciones de la idiotez estaban colgadas aquí como signo exterior de una enfermedad anímica que llegaba hasta las raíces. Los "artistas" de esta especie, ellos no poseían ya una imagen de belleza en el interior y, por consiguiente, tampoco podían crear tal imagen también hacia afuera, eran caóticos, en el alma y por eso ya no tenían la fuerza para encontrar una forma hacia afuera. Las galerías de esta época, y también muchas aún de hoy día, ya no eran la representación del ser humano alemán, del paisaje alemán y del alma alemana, sino que eran un gabinete de anormalidades espiritual-anímico-corporales.
Contra todos estos grupos también se dirigió el sano instinto del Movimiento Nacionalsocialista y plasma ya visible en la actualidad un ideal de belleza antiquísimo y, sin embargo, nuevo. El siente el parentesco de la Palas Atenea de la

Acrópolis de Atenas con aquellas mujeres que pintó Tiziano, pero también su afinidad esencial con Gudrun y la Dorothea de Goethe. Él ve un profundo parentesco entre las figuras de Aquiles y de Diómedes con Sigfrido y Fausto, y lentamente ante nuestra mirada inquisidora el alma renaciente se aparta de la enfermedad del pasado y coloca en el centro de su plasmación no ya al ser humano problemático y martirizado, que a diario hurga en sus heridas anímicas, sino al vigoroso y sano, a su lucha y a su victoria, pero también a su heroica derrota.

Aunque al hacer esta constatación también debemos decir que la nueva postura espiritual aún no ha encontrado su expresión plástica y poética, con ello, no obstante, no ha sido expresado un testimonio de pobreza, sino solamente la realidad de que durante 14 años hemos debido luchar por lo más vitalmente necesario y recién hoy, poco a poco, podemos emprender la tarea de posibilitar, partiendo de la posición espiritual-anímica, la plasmación exterior. Estamos orgullosos de que la obra del alzamiento nacionalsocialista no esté acaso terminada, sino que aquí aún esperan grandes cometidos para nuestra y para muchas venideras generaciones. En el campo del más estrecho círculo de la visión del mundo, de la filosofía y de la vida religiosa, se producen actualmente por igual profundas luchas y conmociones. Aquí la postura de nuestro Movimiento ha sido inequívoca desde el primer día, y ésta posición ya tomada no será cambiada por el NSDAP como Partido ni como Estado.

El Nacionalsocialismo no es culpable de que en Alemania haya varias confesiones religiosas, no puede ser considerado responsable de lo que importa la herencia de dos milenios y más allá de ellos. Su Führer, por consiguiente, como verdadero hombre de Estado y hombre de Pueblo se ha colocado en el punto de vista de que el gran movimiento combativo ha de mantenerse alejado de las diferencias individuales de opinión acerca de la vida religiosa. El NSDAP declaró siempre que reconoce y está dispuesto a proteger toda genuina confesión religiosa que no contradice los valores germánicos. Al respecto podemos decir con orgullo que el Gobierno Nacionalsocialista como primero ha vuelto a expresar esta protección de la religión frente al sistema de 1918 hasta ahora imperante, donde todos los valores religiosos habían sido librados, casi como puestos fuera de la ley, a la más descarada burla en la literatura y en el teatro, y ello también con el auxilio político de aquellos partidos burgueses que presuntamente habían arrendado la protección del Cristianismo. Pero igualmente debemos dejar sentado que el Movimiento Nacionalsocialista, como organismo cerrado en sí y crecido de la confusión de la época, no puede ser el ayudante de ninguna confesión.

Con el Nacionalsocialismo se derrumba también el concepto de que la totalidad del pueblo pudiese, en cierto modo, constituir el brazo secular de una confesión religiosa. Si un nacionalsocialista se pone la camisa parda deja de ser católico, protestante, miembro de la Iglesia Alemana, etc., es entonces exclusivamente un miembro combatiente de toda la Nación alemana. A la inversa, empero, debemos adjudicar a todo

nacionalsocialista como personalidad el derecho de tomar posición con respecto a cada una de las cuestiones religiosas de nuestro tiempo en la forma que su conciencia le ordene. Ahora bien: este verdadero respeto interior ante toda profunda convicción religiosa, no es acaso una "vuelta al liberalismo" como algunos círculos se afanan por presentarlo, sino no otra cosa que el nuevo reconocimiento de una antigua postura de carácter germánico, conforme a la cual a causa de una confesión religiosa los seres humanos no deben ser arrojados a la discordia y a sangrientas luchas. Esta antigua disposición anímica de los visigodos y al mismo tiempo de un Federico el Grande, es un mandamiento también para nuestra época.

Nosotros respetamos la creencia de las Iglesias estatalmente reconocidas, pero también aquellas aspiraciones que buscan nuevas formas religiosas. No sabemos si los afanes por una iglesia nacional alemana tendrán éxito o no, comprendemos y respetamos cuando el rechazo de estos intentos de reforma es expresado claramente por las otras confesiones, pero no nos adjudicamos a nosotros el derecho, ni como Movimiento ni como Estado, de presentar a dirigentes de tales aspiraciones como inmaduros exaltados. Por eso sí en la camisa parda no queremos ser nada más que alemanes, en caso de que alguien de entre nosotros se ocupe de cuestiones o debates religiosos, le prohibiremos a éste la camisa parda. A ningún nacionalsocialista le está permitido llevar discusiones religiosas públicas con el uniforme de su Movimiento. El Partido Nacionalsocialista no ha luchado por dogmas religiosos y tampoco luchará por éstos.

LA CONTROVERSIA POR DOGMAS PARA NOSOTROS HA TERMINADO, LA GRAN PUGNA DE LOS VALORES, EN CAMBIO, TOMO SU COMIENZO. No nos trasladaremos al campo de lucha del Medioevo, nos hemos elegido otro campo de lucha, aquél sobre el cual hemos logrado nuestros éxitos. No nos dejaremos incitar a batirnos en un terreno en el cual el NSDAP no está dispuesto a luchar. Pero combatiremos en aquel terreno que fue la premisa del triunfo nacionalsocialista. Si la vieja época había trabajado con el miedo y utilizado los sentimientos de temor como medio para su dominio, el Movimiento Nacionalsocialista, al contrario, apeló al valor, y como un fuerte imán volvió a pasar siempre de nuevo sobre la nacionalidad alemana. De esta manera ha reunido alrededor de sí a los seres humanos más fuertes, a los más valientes, y a los más dispuestos a asumir responsabilidad, y la dureza de este núcleo finalmente venció a todo lo demás. El Movimiento Nacionalsocialista predicó no el autodesprecio ni enseñó una mentalidad sumisa como condición de un buen ser humano, sino que volvió a hacer viviente la conciencia del orgullo por la esencia alemana y con ello estableció relación con aquella profunda doctrina de Goethe, que presentó el respeto ante sí mismo como la más profunda religión. Esto no es altanería, sino solamente la condición previa para superar la enfermedad de una época perimida, para volver a instaurar en sus honores al auto-respeto.

Por más que, por consiguiente, el Movimiento Nacionalsocialista se mantenga alejado de todas las controversias dogmáticas, sin embargo,

se ve afectado cuando por el otro lado han de ser librados la historia alemana y los grandes alemanes al desprecio. Si en estos días una alta personalidad eclesiástica hace difundir sus discursos, nadie de entre nosotros como funcionario del NSDAP criticará expresiones de su dogmática. Pero si el príncipe de la Iglesia se traslada al terreno de la historia y de la prehistoria alemanas, a él se lo debe juzgar aquí de la misma manera que a todo otro alemán, sea erudito o laico. Nosotros consideramos incompatible con la concepción alemana de la historia, si desde ese lugar casi sin metáforas se hace un reproche a los germanos por haber echado a los romanos por la fuerza de las armas del bosque de Teutoburger.

No lo consideramos admisible cuando los conductores de la nueva Alemania son presentados como antiguos germanos ávidos de guerra, con lo que, en cierto modo,

son subrayadas desde alta parte eclesiástica las denuncias desde el exterior. Y si finalmente al término de tales declaraciones dice que la mano de Dios no nos preservó del paganismo ruso para dejar que nos hundamos ahora en un paganismo germánico, se genera a través de tales expresiones que vienen de boca de la autoridad eclesiástica, el peligro de que las cosas de este tiempo sean vistas desde una falsa perspectiva. Porque del comunismo ha sido preservada la Nación alemana y todas las Iglesias, única y exclusivamente por el Movimiento Nacionalsocialista, que en estas palabras citadas es presentado casi como un mar o pantano en el que amenazan hundirse las Iglesias. Tenemos, por el contrario, la convicción de que la verdad histórica alguna vez será ésta: Adolf Hitler, con su victoria, salvó a toda Alemania del comunismo y a todo el mundo occidental del hundimiento en un sangriento caos.

Creemos que las Iglesias y todas las otras instituciones espiritual-culturales, aun cuando en uno u otro punto creen su deber efectuar una crítica a nuestro Movimiento, tendrían, sin embargo, todo motivo, en vista de los movimientos comunistas que siempre de nuevo relampaguean en otros Estados, de expresar al Führer de este Estado su más profundo agradecimiento por el hecho de que les es posible predicar libremente en sus iglesias. Tenemos la esperanza de que esta gratitud interior exigible se presentará poco a poco en todos los pastores y sacerdotes como condición previa para una verdadera pacificación de toda la vida política y espiritual de Alemania, a la que aspiran todos los que son de buena voluntad.

No es necesario para un gran Movimiento establecer diariamente fórmulas nítidamente delineadas para la vida ideológico-espiritual, sino qué tiene solamente la misión de señalar la orientación; el ritmo del tiempo traerá luego la evolución orgánicamente necesaria. Por este reordenamiento de los valores se lucha hoy, el futuro mostrará si aquí se conquistará la victoria como premisa de que el Movimiento Nacionalsocialista no representa la incumbencia de una generación, sino el fundamento cosmovisional y político para siglos venideros.

Después de haber llegado a su término la migración de pueblos germánicos, un principio religioso se constituyó en señor sobre todos,

alternando bajo una forma de césaro-papismo (Cäsaro-Papismus) y de papo-cesarismo (Papo-Cäsarie). Bajo este dominio universal dormitaban, empero, siempre de nuevo otros impulsos. De la lucha por una confesión única se generó la pugna de muchas confesiones, que echó sus sombras sobre siglos sangrientos. -Italia, Francia, Alemania e Inglaterra constituyeron los escenarios de aquella controversia acerca de cuál de ambas confesiones debía ocupar el primer rango; esta controversia terminó sin decisión con un compromiso. En la época siguiente los motivos religiosos pasaron a segundo plano y su lugar lo ocuparon los puramente políticos. Las luchas ya durante y después de la Guerra de los Treinta años fueron libradas para las dinastías, los pueblos, en cambio, aparecieron casi sólo como medios de determinados poderes domésticos en Europa.

La idea republicana se hizo viviente luego mediante revueltas, y así vemos, a más de un siglo ondear de acá para allá en la contienda entre el principio de la dinastía y el principio de la república, hasta que alrededor de mediados del siglo XIX el concepto de clase se hizo cada vez más fuerte, y la historia fue interpretada como historia de las clases; y la salvación de la miseria social como lucha de clases y guerra de clases. Esta terrible lucha en el corazón de toda Nación consumió casi las últimas reservas

de Europa y trajo entre otros a Alemania, el espantoso 9 de noviembre de 1918. Todas estas luchas por los valores supremos nombrados han pasado a segundo y tercer rango en el alma de nuestra generación. El supremo valor por el que hoy se lucha y que configura la misteriosa fuerza del Movimiento Nacionalsocialista es el honor nacional. Desde este punto de vista ha de valorarse todo aquello por lo que hemos luchado en el campo político interior: la limpieza en la vida política y económica, la reforma del Estado de derecho alemán, la restauración de una genuina nobleza campesina ligada a la sangre, la incorporación del trabajador alemán en los destinos globales de la Nación.

A partir de este pensamiento-núcleo del honor nacional y social se ha estructurado la concepción del mundo nacionalsocialista; este misterioso núcleo también le seguirá otorgando como Estado la fuerza constructiva. En último término reside en esta idea también la valoración del pasado y del presente alemán y con ello también la única garantía para un futuro alemán no rico materialmente pero internamente valioso. Tenemos el convencimiento que cualquiera sea la posición que adoptemos metafísicamente con respecto a los interrogantes del más acá y del más allá, en este mundo no podemos hacer más que desarrollar en nosotros el supremo y más noble valor y ponemos como seres humanos enteros al servicio de la totalidad alemana. Creemos que ningún Dios puede exigir de nosotros más que actuemos en todos los ámbitos de la vida en este sentido. Sentimos con ello un parentesco interior con todos los grandes del Ser alemán como una obligación ante el pasado y como legado para todos aquéllos que aún han de venir, al servicio de una única idea:

¡LA ETERNA ALEMANIA!

NOTAS:

1) Partido judeocristiano similar a la actual democracia cristiana. [N. del E.]

2) Cuerpos de Voluntarios. [N. del T.]



Biblioteca WeltanschauungNS

Libros Para Comabtir La Ignorancia.

Doctrina Para Amar Nuestra Herencia.

Recomendamos Matener Alejados A Inutiles.

Coordinacion, Maquetado,Edicion Y Comentarios
Por Thryer-Anntharez
Visita Nuestro Foro:
www.WeltanschauungNS.foro.st

